

Con los pies en la tierra

E.
MIRET
MAGDA
LENA

NUESTRO país —o países mejor dicho— anda mal. Después de la amplia esperanza abierta el 15 de junio con las elecciones, el balance empieza a ser desalentador: la política no se estructura al ritmo de cambio que se necesita; la economía se deteriora aceleradamente sin que se acierte con medidas propulsoras; la cultura está en plena novatada sin encontrar norte; la educación está congelada y sin dar soluciones a sus problemas; el desarrollo social va para atrás; el panorama internacional se diluye en buenas palabras, pero no apreciamos los españoles hechos concretos que mejoren nuestras relaciones eficazmente; y el Parlamento da una sensación penosa con su afán de ocuparse de temas que poco dicen al hombre de la calle o que no tienen tanta urgencia como otros.

Así vamos perdiendo el tiempo y cun- de el escepticismo, el desánimo y el desengaño. Malas reacciones emotivas que sólo tienen una contrapartida: el afán que casi todos los españoles conscientes tenemos de superar la situación y emprender un camino satisfactorio para el país que sea definitivo y nos permita a todos convivir pacífica y holgadamente.

Resulta incomprensible al hombre de la calle que no se haya elaborado ya una Constitución para todos, que pueda servir para largo plazo sin necesidad de tener que vivir los vaivenes del cambio frecuente de la misma en un porvenir cercano. Sin ese marco estable y abierto todo es provisional y sin seguridad, porque el régimen de la tolerancia de hoy sufre —malamente por supuesto— al régimen de libertad racional que todos queremos de una vez después de la pesada losa de los 40 años anteriores, y el peso muerto de la política tan falta de visión que la monarquía fomentó en nuestro siglo.

No podemos comprender muchos que a la hora de pensar en la economía se dejen pasar los días y los meses sin más perspectiva que atender a cosas secundarias de detalle, sin establecer un plan renovador y desarrollador de las energías de los españoles que, por la crisis envolvente, se encuentran en un compás de espera y muchas veces en pleno retroceso.

La cultura está sin norte que fomente su inteligente libertad, y sólo hemos notado la invasión de la grosería y de la superficialidad, o el añorar vanamente algunos asustadizos los controles de una época que sólo reprimió, pero nunca resolvió ningún problema en este campo.

De la educación apenas podemos hablar porque nada hay. Año tras año se va tirando sin plantear ningún problema

de fondo o de estructura, sino poniendo pequeños parches, y propagando o tolerando por falso temor, los deseos de la Iglesia oficial, que quiere a todo trance seguir teniendo el dominio escolar que no supo emplear en el período anterior para nada que fuera verdaderamente útil a los españoles, cuando sin embargo tenía entonces la sartén por el mango.

Y el afán de desarrollo que nuestra sociedad posee todavía, así como el deseo de elevación del nivel de vida —no sólo material, sino cultura y moral—, parece que resulte una utopía en el momento presente, porque tristemente se levanta poco a poco ante nuestros ojos un telón que impide la marcha adelante.

Esto es lo que el hombre sencillo, el español medio, el hombre de la calle, empieza a ver con el mayor asombro porque creía hasta ahora que se le abrían nuevas y más satisfactorias perspectivas tantos años anheladas y, sin embargo, cortadas por el pesado freno de la dictadura política, aliada al nacional-catolicismo, que invadía hasta hace bien poco todos los campos del espíritu.

Hasta los grupos sindicales y políticos avanzados son más realistas que muchos aparentemente mejor colocados para ver las cosas con perspicacia. La defensa que la izquierda está haciendo de la pequeña y mediana empresa, ha sido más acertada que lo que el centro o la derecha han defendido más de palabra que con hechos concretos de una realidad amplia y honda. La inflación no se sabe cortar, porque se carece de imaginación y a veces sólo se preocupa uno de una economía de manuales, o falta coherencia de actuación frenados por otros anhelos más particulares de grupo de presión, ahuyentándose al inversor medio sin darle la seguridad que lógicamente habría que haber fomentado.

Así van a llegar unas elecciones municipales —si llegan—, para las cuales el ánimo del elector está abrumado de problemas y su espíritu lleno de dudas.

Ese es someramente el panorama de fondo de nuestro suelo, de nuestras tierras y personas, y hay que atreverse a mirarlo sin temor ni escapismo, echando una mirada valiente para enfrentar esta realidad, y que ella misma sirva de acicate para no quedarnos beatamente parados por el asombro o el desconcierto, sino estimulados a ir adelante intentando resolver los problemas entre todos, y no sólo esperando un mago de la situación o de la oposición que lo resolviera con su varita mágica porque ésta no existe.

Entiendo que partiendo de estas premisas es cómo la Iglesia puede y debe

decir algo concreto a sus seguidores. Pero nuestro mundo alto-eclesiástico nos tiene acostumbrados a la divagación, la falta de concreción y la vana palabrería sin incidencia real en nuestros auténticos problemas. Con pocos días de diferencia leo dos documentos análogos: la Carta pastoral de los obispos católicos irlandeses, y la Nota de la Comisión Permanente de nuestro episcopado ante la actual situación española.

La primera —la de la verde Erin— es un documento realista, valiente, independiente, que ahonda los problemas de la justicia en el Eire a nivel del individuo y de la sociedad. Y asume una descripción objetiva de lo que le ocurre al país, sin eufemismos, para añadir a cada problema claramente aludido una orientación dirigida a los católicos que les ayude a buscar y realizar con plena responsabilidad una solución inventada en sus aspectos técnicos por ellos mismos.

En cambio, nuestro documento español es de una vaguedad increíble. Sus breves líneas están ensartadas de frases hechas, descripciones abstractas y lugares comunes que, en vez de ayudar a nadie, desaniman por su falta de incidencia resolutive en nuestros problemas concretos. No diré que no hable de ellos, pero su modo de enfocarlos tiene toda la falta de nervio que estamos detectando últimamente en nuestra jerarquía. Parece como si no supiera nada más que estar con el poder constituido, y tiene la misma actitud desmadrada y sin prisa de nuestro Gobierno. A veces semejan decir algo, pero se exprime su contenido y poco es lo que sacamos en limpio salvo esas frases de una ética simplista y difusa que estamos acostumbrados a oír repetir de vez en cuando desde las incomprometidas nubes de nuestra comidad eclesiástico-burguesa.

No señores. Si los obispos quieren que los españoles aprecien la Iglesia, será porque ellos ayuden con sus independientes orientaciones críticas —no pretendiendo dirigir ni dominar a nadie— a que podamos salir los ciudadanos católicos del "impasse" en que nos encontramos; pero no les haremos los ciudadanos del país caso si se limitan a repetir bonitas frases sin verdadero nervio, que —además— resultan de una dudosa e ineficaz ética. ■